

to suyo y de sus atónitos cortesanos.—Días despues fueron los recaudadores aztecas á recoger los tributos de Cuetlachtlán, y, no solo se negaron los naturales de aquella provincia á satisfacerlos, sino que estropearon y aun asesinaron á algunos de los empleados. Dícese que los alentó á semejante desacato la persuacion de que la tiranía de Moctezuma tocaba á su fin, por haber visto en el fondo de un pozo hombres barbados, armados y montados á caballo, y que iban tras ellos algunos aztecas cargados con huacales, en señal de servidumbre. No se agrega que el rey de México dispusiera tomar pronta venganza de los habitantes de Cuetlachtlán; pero sí que trataba de ahogar sus temores en la actividad de nuevas campañas y que, despues de haber sometido á casi todos los pueblos rebeldes, llevó la guerra hasta las provincias de Centro-América.

Diverso efecto habian causado los presagios en Nezahualpilli, enteramente desalentado respecto del porvenir. Torquemada refiere que, habiéndose introducido en su palacio una liebre del campo, perseguida por los criados que la querian matar, el monarca se lo prohibió diciéndoles: “que de esta manera vendrian gentes extrañas que penetrarian hasta el interior del Anáhuac sin resistencia de sus moradores.” Habia suspendido todas las campañas de Texcoco contra los Estados limitrofes, y representándole Moctezuma que tal inaccion era adversa á las glo-

rias del imperio é irritaba á los dioses, en cuyos altares hacian falta las víctimas, Nezahualpilli le respondió: “que bien sabia que no por falta de valor habia hecho deponer las armas á sus soldados; pero que, estando ya tan próximo el año *ce-acatl* (1519) designado por las antiguas profecias como aquel en que rodarian á la par sus coronas, deseaba pasar en quietud y descanso los pocos días que le quedaban de ejercer el mando.”

Insistió, sin embargo, Moctezuma que, ofendido de los funestos anuncios de Nezahualpilli y ambicionando agregar los Estados de Acolhuacán á la corona de México, preparaba á su colega una horrible traicion, realizada de allí á poco, según las crónicas. Indújolo á que aprestaran entrambos un ejército contra Tlaxcala, á cuyos magistrados hizo avisar secretamente que los acolhuas trataban de arrasar su capital, y que él, Moctezuma, no les daria ayuda aunque por compromiso iban sus tropas en la expedicion. Los tlaxcaltecas emboscaron sus fuerzas en la rambla de Tlalpepexic, cerca de la montaña de Quanhtepec, donde los de Texcoco tenian costumbre de pasar la noche en sus expediciones por aquel rumbo. Al llegar en esta vez se vieron rodeados de siniestros presagios: una banda de zopilotés y otras aves carnívoras cerniase sobre las tropas; salian llamas de la tierra y desatóse un huracan que levantaba el polvo en remolinos; los cuatro gefes mas valientes soñaron á un mismo tiempo

que habian vuelto á la infancia y corrian llorando á refugiarse en los brazos maternos; al despertar se comunicaron unos á otros aquel sueño y concibieron temores del éxito de la batalla; pasaron en conversacion el resto de la noche, y al amanecer tomaron un bocado de pan sobre sus escudos, temiendo no poder hacerlo en el resto del dia. Durante su frugal desayuno cayó á sus piés una cigüeña con la cabeza separada del cuerpo, y entonces los gefes llamaron á la gente, diéronla orden de que se armara, y se preparaban á alejarse de tal sitio, cuando los emboscados tlaxcaltecas les cayeron por diversas partes y los derrotaron, llevándose á dos hijos de Nezahualpilli, sacrificados á poco en su capital. Entretanto, el ejército de Moctezuma, situado en una altura inmediata, presenció indiferente la carnicería de sus aliados sin prestarles auxilio alguno (1).

Confiado en el número y calidad de sus fuerzas y en el indómito valor de sus generales que, como Ihuitemoc y Quauhtemotzin, hijo del difunto Ahuitzotl y mas tarde tambien rey de México, se habian distinguido en las últimas campañas, Moctezuma creyó escusado ocultar sus ambiciosos designios respecto de Texcoco, bien conocidos ya en esta corte desde el descalabro de Quauhtepec, y dió orden á los pueblos de las orillas del lago para que le llevasen á México los tributos

(1) Brasseur, con referencia á Ixtlilxóchitl.

debidos á Nezahualpilli. Este rey le reclamó por medio de embajadores el cumplimiento de los pactos vigentes, y entonces respondió Moctezuma con arrogancia: "que iba á llegar el dia en que el imperio no estuviere gobernado por tres gefes, sino por uno solo, que debia ser el rey de México, señor de todas las cosas de la tierra; y que, en tal virtud, conjuraba al de Texcoco á que no lo molestase mas con semejantes reclamaciones, del todo inútiles (1).

Con la reciente derrota de sus tropas y ante la preponderancia que habia tomado México, no se hallaba Nezahualpilli en aptitud de castigar tamaña insolencia, ni lo habria creído conveniente supuesta su persuasión del próximo fin de aquellos Estados. Lo cierto es que devoró en silencio los agravios de Moctezuma, y que ellos y lo que veia en el porvenir le hicieron desear la muerte y retirarse de los negocios públicos, que dejó confiados á dos de sus parientes, encerrándose en los jardines de Tetzcutzinco, adonde llevó consigo á la reina Xocotzincatl, y en los cuales empleaba el dia en la caza, y gran parte de la noche en la observacion de los astros. Seis meses despues, regresó á Texcoco; mandó que la reina se retirara con sus hijos al palacio de Teopilpan, y él, por su parte, se encerró en el que habitaba ordinariamente, haciéndose acompañar de algunos

(1) Brasseur.

elta
ndi-

ancianos y prohibiendo á todo el mundo la entrada. Allí murió Nezahualpilli en 1516, sin que nadie lo supiera, hasta que impacientes sus hijos forzaron la consigna de los guardias de Tecpilpan y hallaron el cadáver del monarca sentado en el asiento real, y tan enjuto y desfigurado que apenas pudieron reconocer en sus facciones las de su padre. Hicéronle exéquias no muy solemnes, y la imaginacion popular inventó que el hijo de Nezahualcoyotl habia emigrado, como su padre, á las regiones septentrionales de donde vinieron sus antepasados.

No dejó Nezahualpilli designado al hijo que debia sucederle en el trono, y se puede decir que con su muerte acabaron las glorias y el buen gobierno de Acolhuacan. El consejo eligió rey al primogénito Cacamátzin, á quien reconoció y se sometió desde luego su hermano Coanacotzin; pero el menor, Ixtlilxóchitl, le disputó la posesion del cetro, y, enarbolando la bandera del odio á México y á Moctezuma, á quien decia que estaba supeditado Cacamátzin, bajó de la sierra de Meztitlan á Tullancingo con un ejército de cien mil hombres, y tomó á Otompan que le cerraba sus puertas. Viendo Cacamátzin las creces que adquiria la rebelion de su hermano, propúsole, de acuerdo con Coanacotzin, que conservara el dominio de todos los pueblos de la sierra, y él quedó unicamente con los de las llanuras y la capital, consumándose así la division de la monarquía acolhua. Ixtlilxóchitl, enemigo

declarado de Moctezuma, lo desafió en vano á singular combate, y tuvo diversos encuentros con sus tropas. Sabiendo que un noble de Iztapalapan, pariente del rey de México, habia ofrecido á éste poner en sus manos á Ixtlilxóchitl, el príncipe lo redujo á prision y mandó que lo atasen y cubriesen de caña seca y que le prendieran fuego en presencia del ejército y á vista de los mexicanos, quienes quedaron horrorizados y no se atrevian despues á acometerlo con la confianza que anteriormente. Dirémos, para terminar este capítulo, que Cacamátzin, entregado por Moctezuma á los españoles, pereció con otros ilustres prisioneros en la llamada *noche triste*; que le sucedió en el gobierno de Texcoco su hermano Cuicuitzcatzin, á quien dió muerte Coanacotzin, de acuerdo con el rey de México Quauhtemotzin; que gobernó algun tiempo á los acolhuas el mismo Coanacotzin, ahorcado por Cortés en 1525, en union de Quauhtemotzin y otros señores; finalmente, que, al venir los conquistadores á sitiar formalmente á México, pusieron de rey ó gobernador en Texcoco á Ixtlilxóchitl, partidario suyo desde el principio.

elta
ndi-

XXV.

La ciudad de México.—Descubrimiento del Nuevo-Mundo y expediciones de los españoles á nuestras costas.—Llegada de Cortés á San Juan de Ulúa y playas inmediatas.—Reflexiones.—Conclusion.

Antes de cerrar nuestra narracion, parecenos conveniente dar algunas otras noticias acerca de la ciudad de México en el periodo del reinado de Moctezuma II á que hemos llegado. Las tres calzadas, de Iztapalapan al Sur, de Tlacopan ó Tacuba al Poniente, y de Tepeyacac al Norte, medían siete, dos y tres millas de longitud, y eran tan anchas que podían caminar por ellas, de frente, diez hombres á caballo; la de los acueductos de Chapultepec era mas estrecha. El área de la ciudad, sin comprender los arrabales, era de nueve millas largas, y contenía sesenta mil casas: ademas de los cuatro cuarteles de que hablamos en el capitulo relativo á la fundacion de México, habia al Norte la ciudad de Tlatelolco, unida á Tenoxtitlan desde tiempo de Axayacatl.

“Habia—dice Clavijero—al rededor de la ciudad muchos diques y esclusas para contener las aguas en caso necesario, y dentro de ella tantos canales, que apenas habia barrio por el cual no se pudiese transitar en barco; lo que no menos contribuía á hermostrar la poblacion que á facilitar el transporte de los

viveres y de todos los renglones de comercio, asegurando de este modo á los ciudadanos contra las tentativas de sus enemigos. Las calles principales eran anchas y rectas. De las otras habia algunas que no eran mas que canales; muchas empedradas y sin agua, y no pocas que tenian en medio una acequia entre dos terraplanes que servian á la comodidad de los pasajeros y á descargar las mercancías; ó en su lugar, plantíos de árboles y flores. Entre los edificios, ademas de los muchos templos y palacios de que se ha hablado, habia otros palacios ó casas grandes construidas por los señores feudatarios para su habitacion en el tiempo que se les obligaba á residir en la corte. Sobre todas las casas, excepto las de los pobres, habia azoteas con sus parapetos, y en algunas, almenas y torres, aunque mas pequeñas que las de los templos; así que los templos, las calles y las casas eran otros tantos medios de defensa para los habitantes. Ademas de la grande y famosa plaza de Tlatelolco, donde se hacia el mercado principal, habia otras menores, distribuidas por toda la ciudad, donde se vendian las provisiones de boca mas comunes. En otros puntos habia fuentes y estanques, especialmente en las cercanías de los templos, y muchos jardines, plantados los unos en el nivel de la tierra y otros en altos terrados. Los muchos y bellos edificios primorosamente blanqueados y bruñidos, las altas torres de los templos esparcidos por los cuarteles de la

ciudad, los canales, los vergeles y los jardines, formaban tan hermoso conjunto, que los españoles no se cansaban de admirarlo, especialmente cuando lo contemplaban desde el atrio superior del templo mayor, el cual no solo dominaba la población de la corte, sino los lagos y las ciudades de sus orillas."

Tal es la descripción que nuestro abate hace de México, apoyándose en las relaciones de Bernal Diaz, el Conquistador Anónimo y algunos otros historiadores. Para los que no conozcan á la actual *Reina de los lagos*, agregaremos que nada tiene que envidiar á la antigua, y que lo recto y espacioso de sus calles, la solidez y elegancia de sus edificios, lo limpio de su cielo y lo frondoso del valle en que está asentada y que se domina con la vista desde las torres de Catedral, justifican el entusiasmo con que el conde Beltrami y otros viajeros hablan de su grandeza y hermosura.

Los habitantes de esta parte de la América, originarios del Asia y emigrados de allí desde la confusión de las lenguas segun algunas de las mas antiguas tradiciones indígenas, no volvieron á ponerse en contacto con otras razas humanas hasta el descubrimiento del Nuevo-Mundo por Cristóbal Colon, en 1492. Habiendo sometido este almirante á la corona de Isabel la Católica las principales islas Antillas, los españoles comenzaron á salir de ellas hácia las costas de tierra firme, es-

tos y de la sed del oro que adquirian de los naturales, en cambio de cuentas de vidrio y otras baratijas europeas. En 1517 zarpó del puerto de Ajaruco, hoy Habana, Hernandez de Córdoba; descubrió el cabo Catoche en la península de Yucatan, tuvo dos encuentros con los indios y regresó á Cuba con algun oro. El gobernador de esta isla, Diego Velazquez, envió el año siguiente á Grijalva, quien, con cuatro buques, reconoció la isla de Cozumel poco distante de Yucatan, y costeó todo el país que media hasta el rio Pánuco, haciéndose de viveres y de oro por valor de unos diez mil pesos.

Al detenerse esta expedición, en su viaje desde Cozumel hasta la embocadura del Pánuco, en el islote donde hoy se eleva el castillo de "San Juan de Ulúa," diéronle el nombre del santo por haber hecho en su día el descubrimiento, y le agregaron el de *Ulúa* porque, habiendo hallado los restos de dos victimas humanas y preguntado por señas la causa de tal crueldad, respondieron los indios: *acolhua, acolhua*, dando á entender que fueron sacrificadas de orden de los mexicanos, que, como todos los habitantes del Anáhuac, eran llamados acolhuas en las provincias lejanas. (1) Los gobernadores de la costa inmediata de Chalchiuhenecan vinieron á dar parte á Moctezuma del arribo de los europeos á Ulúa, trayéndole pinturas que repre-

[1] Clavijero.

sentaban los buques, la artillería y la gente; y de todo esto y de sus informes verbales dedujo el rey, oído el dictámen de los consejeros, que quien se presentaba así en las costas no era otro que el dios Quetzalcohuatl, quien al desaparecer de estas regiones siglos atrás, ofreció volver á reinar en ellas; por lo cual se dice que los monarcas de Tula, Texcoco y México se reputaban únicamente ministros ó sustitutos de tal deidad en el gobierno de sus Estados. Preocupado con semejante error, despachó Moctezuma cinco nobles á que llevaran ricos presentes y felicitaran al caudillo de la expedición; mas ésta, al arribo de los enviados á Chalchiuhecán, había proseguido su viaje hasta el Pánuco, de donde regresó á Cuba.

La noticia de las exploraciones de Córdoba y Grijalva, y los avisos que no es imposible hubiesen mucho antes recibido de Yucatan y Guatemala los reyes del Anáhuac relativamente á la aparición de los europeos en las Antillas y la costa oriental de Centro-América, explican en el orden natural los vaticinios y presagios que tanto consternaron desde el año de 1508 á nuestros indígenas; y si tenemos en cuenta la precaución de Moctezuma que, al mismo tiempo que enviaba á saludar y ofrecer homenaje á Grijalva, hacia vigilar desde las eminencias cercanas los movimientos de sus buques, y el afán con que más tarde instaba á Cortés para que se volviese por donde había venido, convendremos en

que, aparte de las supersticiones en que pudiera haber imbuido al monarca la creencia general relativa á la reaparición del profeta de Cholula, inspirábase serio temor los extranjeros, y en algo de positivo habría de fundarlo.

La expedición de Grijalva produjo la de Hernán Cortés, que, compuesta de once bajeles, cincuenta y ocho soldados, ciento nueve marineros, diez y seis caballos, diez cañones y cuatro falconetes, salió de Ajaruco el 10 de Febrero de 1519 bajo la dirección del piloto Alaminos; y, después de costear parte de Yucatan y la provincia de Tabasco, de que tomó Cortés posesión y donde hizo celebrar la primera misa el domingo de Ramos, navegando paralelamente á la provincia de Coatzacoalco y atravesando la embocadura del Papaloapan, arribó á San Juan de Ulúa jueves santo, 21 de Abril del mismo año. Desembarcaron los españoles en la playa de Chalchiuhecán, donde hoy está Veracruz; construyeron al punto algunas barracas en que albergarse, y erigieron un altar para que el domingo de Pascua celebrara en él misa solemne el religioso mercedario Bartolomé de Olmedo, capellán de la armada. Presenciaron el santo sacrificio los gobernadores indígenas de aquella costa, Teuhtlile y Cuitlapitoc, que habían acudido con gran séquito de criados á cumplimentar á los europeos. Dijoles Cortés que el gran rey de Oriente D. Carlos de Austria lo enviaba á saludar á Moctezuma y á comu-

nicarle asuntos graves, y les preguntó dónde podría este monarca recibir la embajada; recibió de ellos algunas alhajas, hizoles otros regalos, mandó que en su presencia se disparase la artillería y evolucionaran los dragones, y, con las pinturas que de todo aquello sacaron sus artífices, vino Teuhtlilic á la corte á dar cuenta de semejantes novedades.

No pertenece á esta obra, y acaso nos sea materia de un nuevo ensayo, la narración anecdótica de la empresa consumada por Hernán Cortés en el breve espacio de poco más de dos años que tardó en tomar la ciudad de México á viva fuerza. Debíó su triunfo, acaso sin igual en la historia, á su valor, pericia y constancia; á la astucia, el doblez y la crueldad que desplegó no pocas veces, poniendo en juego los odios y ambiciones de los naturales entre sí y aterrorizándolos por medio de escenas como la de Cholula; al esfuerzo de sus capitanes como Alvarado, Sandoval y Olid; y, tal vez más que todo, á la debilidad de Moctezuma, á las supersticiones de los indígenas, á la heterogeneidad de las provincias que constituían el imperio, conquistadas en su mayor parte y sujetas por la sola fuerza de las armas, y al horror y el despecho con que los vasallos presenciaban los sacrificios humanos, cada vez más numerosos, y sufrían, á la llegada de los europeos, el orgullo y el despotismo del último de sus monarcas [1].

[1] Cortés decía á Carlos V. en carta de 15 de Octubre de 1524, representando contra la resolución

En aquel siglo de fé, la Cruz servía de estandarte á desenbridores y conquistadores, y

de la corte de suspender los repartos de encomiendas de naturales:

“La otra, que la cabsa de no se repartir ni encomendar, parece ser por la privación de libertad que á éstos allá parece que se hace, y esto no solamente cesa, mas aun encomendándolos de la manera que yo los encomiendo, son sacados de captiverio y puestos en libertad; porque sirviendo en la manera que ellos á sus señores antiguos servian, no solo eran cautivos, mas aun tenían incompatible subjecion [insuportable sujecion]; porque demas de les tomar todo cuanto tenían, sin les dejar sino aun pobremente para su sustentamiento, les tomaban sus hijos é hijas y parientes, y aun á ellos mismos para los sacrificar á sus ídolos, porque de estos sacrificios se hacian tantos y en tanta cantidad que es cosa horrible de lo oír; porque se ha averiguado que en sola la mezquita mayor de esta cibdad, en una sola fiesta de muchas que se hacian en cada un año á sus ídolos, se mataban ocho mil ánimas en sacrificio dellos, y esto todo cesa; sin otras muchas cosas que ellos dicen que les hacian, que son incomportables; y ha acaecido y cada día acaece que para espantar algunos pueblos á que sirvan bien á los cristianos á quien están depositados, se les dice que si no lo hacen bien que los volverán á sus señores antiguos; y esto temen más que otro ningún amenaza ni castigo que se les puede hacer.”

Esta carta permaneció inédita hasta 1858 en que el Sr. D. Joaquín García Icazbalceta la ha publicado en el tomo primero de su “Colección de documentos para la historia de México,” á que preceden una noticia crítica de tales documentos por el mismo Sr. García Icazbalceta, y un opúsculo del Sr. D. José Fernando Ramírez, intitulado: “Noticias de la vida y escritos de Fray Toribio de Benavente, ó Motolinia.”

si la codicia é inhumanidad de muchos de ellos no eran á propósito para atraer los espíritus de los indios al conocimiento y la práctica de la religión, ni para consolidar y engrandecer la obra de Cortés, encargáronse de esta mas alta empresa nuevos héroes cuya gloria no oscurecen la sangre ni el humo de las batallas, y bajo el humilde sayal del fraile, los Valencia, los Margil, los Gante, los Casas, los Benavente, los Serra, se expusieron á fundar conventos y poblaciones; aprendieron la lengua del país para enseñar á los naturales el dogma católico y las artes mas útiles á la vida; sirviéronles de escudo contra la tiranía de gobernantes y encomenderos, obteniendo de la corte de Castilla leyes sábias y humanas en favor suyo; sin el terrible acompañamiento de las armas llevaron la luz del Evangelio á los confines mas remotos de nuestra tierra, desde Yucatan hasta California; y, apagando los odios con el rocío de la caridad y fundiendo en el crisol de una fé comun los intereses, aspiraciones y sentimientos de razas, no solo disimulamos las, sino contrarias, echaron los cimientos de una sociedad cuya consistencia tenemos motivo de admirar, puesto que sobreviva á convulsiones y trastornos mas terribles que los terremotos causados por el fuego de nuestros volcanes.

FIN.

INDICE.

DISCURSO PRELIMINAR.

	PAGS.
Advertencia sobre este ensayo.....	1
Pinturas é historiadores de México.....	2
Breve resumen de la historia antigua de México.....	10
Partes en que se dividirá este libro.....	26

PRIMERA PARTE.

DESDE EL
ESTABLECIMIENTO DE LOS PRIMEROS POBLADORES
DE AMERICA HACIA EL NORTE DE
CALIFORNIA, HASTA LA RUINA DE LA MONAR-
QUIA TOLTECA.

Caracteres y geroglíficos de los toltecas.— Tradición del paraíso, del diluvio y de la confusion de las lenguas.—Venida de los primeros pobladores.....	29
--	----